

estudió las culturas madres y regresó a su patria, para seguir estudiando. Todo un ciclo de voluntad y probidad en la labor intelectual.

Nosotros nos complacemos en saludar a López de Mesa y en él a las generaciones intelectuales de Colombia que forman en la actualidad entre las más interesantes del continente.

### Los libros de la Guerra del Chaco

La tragedia del Chaco tiene también sus mártires. Como en Europa al terminar la gruesa hecatombe de 1918, han comenzado a surgir en Bolivia y Paraguay los libros de los escritores que pasaron o sufrieron en los frentes de combate. En ellos puede verse la brutalidad inhumana de esa guerra, de mayor densidad de sufrimiento que la propia Guerra Europea, en la que el aprovisionamiento de los combatientes se hizo conforme a los procedimientos de la ciencia. Se combatía en Europa en sitios rodeados de población, a escasa distancia de los almacenes de reserva, en climas cuya inclemencia no puede ni con mucho compararse al terrible azote de la zona chaqueña. La relación de un combatiente que muere en las soledades pobladas de enemigos invisibles, para los cuales no existe defensa, es un capítulo que sobrecoge y produce horror. Los muertos de sed, los agotados por los insectos y alimañas de la selva, los que fueron roídos por el calor infernal de aquel clima, producen en el ánimo del lector cómodamente sentado en su gabinete un estremecimiento de terror, un escalofrío indescriptible.

Se comprende. Fueron lanzados al torbellino de la muerte sin mayores reservas. La falta de agua produce los vértigos y alucinaciones del espejismo espantable y la locura es la última etapa de esas vidas sobre cuyos despojos se puede leer ahora la inscripción espeluznante: «Muerto heroicamente de sed, tal día a tal hora». Muerto heroicamente de sed... Ni siquiera muerto por un ideal, que no lo tuvieron esos huérfanos de toda compasión humana, sino muerto en la desesperación de no comprender para que se le arroja-

ba a combatir contra los elementos insidiosos de una naturaleza bárbara y cruel.

Los escritores de Bolivia y Paraguay, los centros intelectuales de América hispana, deberían divulgar esta literatura ardiente, en la cual el hombre de la guerra se consume como un yerbajo entre los cañadones y los piques abiertos por destacamentos de soldados. Debería divulgarse para espanto de gobiernos inhumanos y para que la juventud pudiera sentir de cerca este horror y determinar entonces la cruzada final contra los negociantes de carne humana.

Pero existe una paradoja bastante triste en estos casos. El fruto más vigoroso de una guerra es la literatura que le sucede. Europa, por ejemplo, al terminar su vuelta bárbara, dejó escapar por las junturas de la descomposición, una literatura rica e intencionada, plena de vigor y de humanidad. Del fondo de la tragedia nacieron escritores hasta entonces desconocidos, espíritus clarividentes que pudieron tocar de cerca todo el horror de aquel monstruoso cataclismo. Libros escalofriantes, dramas que no soñó la más opulenta fantasía, tuvieron su concreción en libros que perdurarán. En Inglaterra, en Alemania, en Francia, en Italia, en Austria, legiones enteras de escritores que fueron combatientes, dijeron en novelas o en memorias, el horror que habían padecido y el que vieron padecer a miles de los hombres desamparados. Trataron con sus libros de infundir en la humanidad el asco hacia la guerra y desgraciadamente hemos visto la ineficacia absoluta de tales libros, puesto que Europa vive en pie de guerra, está lista para una nueva guerra y se aproximan días bastantes peores que los que se vivieron en el círculo dantesco 1914-1918.

El hombre pacífico que leyó esos libros años más tarde, comprendió el dolor que no había sentido de cerca, se estremeció con el relato descarnado de aquellos episodios, pero no mudó al parecer su condición cavernaria. Los gobiernos, la política y los hombres de Estado olvidaron muy pronto los libros ejemplares. Y todo volvió a su antiguo cauce de pasiones y de odios.

La literatura americana atraviesa, por lo que se refiere a la

guerra del Chaco, un fenómeno más o menos semejante. Están surgiendo libros de la guerra, novelas de la guerra, relatos de aquella horrible tragedia más páfida e insidiosa en la multiplicidad de sus elementos naturales, que la que azotó las regiones europeas. Cada relato de Céspedes, Cerruto, Villarejo y otros, pone en el espíritu del lector un estremecimiento de angustia. Los relatos europeos aun los más espeluznantes, no pueden compararse a estas jornadas del hombre por la selva o bajo el fuego derretido del sol del Chaco, entre una fauna de animales que la imaginación más fértil sería incapaz de concebir. Los tormentos inauditos, la bestialidad fortalecida por la soledad y el ambiente, el abandono de esos soldados en las inmensidades de los desiertos, para ser pasto de las hormigas devoradoras o de las ratas o de las víboras, entre los martirios de la sed, no tiene equivalente alguno en las literaturas bélicas de Europa. Son expresiones típicas de América. Pero el hombre pacífico que comienza a leer ahora tales relatos, sentirá crispase su corazón en un nudo de angustia, llevará con él algunos días las imágenes terroríficas, y pasado un tiempo olvidará a los soldados, a los escritores que vivieron las escenas y nada se habrá transformado.

Por eso la juventud de América debería divulgar ampliamente estos libros de la guerra del Chaco, hacerlos conocer y meditarlos y comentarlos con abundancia, sin descanso, haciendo brotar de ellos, las lecciones y la condenación implacable que determinan, para preparar de este modo en la paz efectiva, a las generaciones que comienzan a intervenir en la vida política y social de estos pueblos.